

# Elogio de la soledad

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE



República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

Las palabras del Comandante Chávez “Hoy tenemos Patria” nos dicen y nos seguirán diciendo que hemos vencido la imposición del destierro y la alienación. Patria o Matria para nosotros significa refundación, reconocimiento y pertenencia. Hace 15 años las generaciones más jóvenes estaban hambrientas, perseguidas o idiotizadas. Hoy las juventudes venezolanas se pronuncian y se mueven en diversidades activas, manifiestas, con rostro propio. Hoy deseamos y podemos vivir luchando por mejorar y profundizar nuestro anclaje a esta tierra venezolana. Hoy la política no es tabú o territorio tecnócrata. Hoy la participación es ley y movimiento continuo.

Para defender lo avanzado en estos años de Revolución Bolivariana es impostergable que sigamos fortaleciendo nuestra conciencia y nuestro espíritu en rebeldía. La lectura nos ayuda a comprendernos desde múltiples espacios, tiempos y corazones, nos da un necesario empujón para pensar-nos con cabeza propia en diálogo con voces distintas.

Leamos pues y escribamos nuestra historia. Leamos y activemos la reflexión colectiva que emancipa, seamos capaces de empuñar las ideas y transformar-nos con palabras y obras.

Decía Martí que no hay igualdad social posible sin igualdad cultural, esta es una verdad luminosa que nos habla de la necesidad de alcanzar una cultura del nosotros histórico, que nos una en la inteligencia, el pecho y los sentidos hacia la Patria Nueva, hacia la afirmación de la vida en común, para todos y todas.

Leamos y escribamos, que de ello se nutrirán muchos más de los nuestros y seguiremos creciendo, pues con todos y todas sumando, no será en vano la larga lucha de los pueblos hacia su emancipación definitiva.

**¡Vivan los poderes  
creadores del Pueblo!**

**¡Chávez Vive!**

1. a edición (digital), 2016

© José Antonio Ramos Sucre  
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**

Centro Simón Bolívar  
Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas-Venezuela, 1010.  
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

**Correos electrónicos**

comunicacionesperroyrana@gmail.com  
atencional escritorfepr@gmail.com

**Páginas web**

www.elperroylarana.gob.ve  
www.mincultura.gob.ve

**Diagramación e ilustraciones**

Arturo Mariño

**Edición**

Juan Carlos Torres

**Corrección**

Yanuva León

Hecho el Depósito de Ley  
Depósito legal: lf40220168001860  
ISBN 978-980-14-3511-2



@perroyranalibro  
Editorial perro rana

# Elogio de la soledad

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE



## JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

José Antonio Ramos Sucre nació en Cumaná, estado Sucre, el 9 de junio de 1890 y murió en Ginebra el 13 de junio de 1930. Por vía de su madre, doña Rita Sucre de Ramos, descendía de la rama principal del Gran Mariscal Antonio José de Sucre. Considerado por muchos uno de los más destacados escritores e intelectuales de Venezuela. Su padre fue don Gerónimo Ramos Martínez. Su infancia y adolescencia transcurrió en el tranquilo ambiente de Cumaná. Miembro de una familia con amplia tradición humanista, comienza sus primeros estudios en la escuela Don Jacinto Alarcón de Cumaná, destacándose por su precoz habilidad para aprender y su preferencia por escuchar las conversaciones de los adultos. En 1900 Ramos Sucre es enviado a Carúpano para ser instruido por su padrino y tío paterno, presbítero José Antonio Ramos Martínez, quien lo inició en el latín y la literatura.<sup>1</sup> En 1902 muere su padre, seguidamente muere su tío, José Antonio Ramos Martínez, en 1903. José Antonio regresa a Cumaná y estudia en el Colegio Nacional de Cumaná. En 1910, a la edad de 20 años, obtiene el título de bachiller en Filosofía, con excelentes notas. Durante este periodo se dedicó también al estudio autodidacta de varios idiomas modernos, francés, inglés, italiano y leyó a Alejandro Dumas y Walter Scott.

En 1911 viaja a Caracas con la intención de presentar los exámenes de admisión de la Universidad Central de Venezuela, el cierre temporal de la universidad le permite a Ramos Sucre dedicarse al estudio autodidacta logrando así destacar en los exámenes.

---

1 Félix Armando Núñez. "Prólogo". *Obras de José Antonio Ramos Sucre*. Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, Caracas, 1956.

Aún sin graduarse de abogado en 1914, es nombrado oficial de la Dirección de Derecho Público Exterior del Ministerio de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos de Venezuela. Graduado en 1917 no ejerce la profesión sino de manera esporádica. Con frecuencia Ramos Sucre se ganó la vida como profesor de Historia y Geografía Universal, Historia y Geografía de Venezuela, Latín y Griego, en el Liceo Caracas, hoy Liceo Andrés Bello. Obtuvo su doctorado en Leyes en 1925. Recibió la Orden del Libertador en grado de Comendador, el 24 de junio de 1927. El poeta trabajó en el servicio interno del Ministerio de Relaciones Exteriores como intérprete y traductor hasta el 26 de noviembre de 1929 cuando, al inicio de la Gran Depresión, se le nombró cónsul en Ginebra.

De carácter solitario e introvertido ve perturbada su labor intelectual por una enfermedad nerviosa que le impedía concentrarse, leer y escribir además de manifestar un frecuente estado de insomnio. En julio de 1929 muere su amigo, Cruz Salmerón Acosta, el “poeta del martirio”, tras padecer quince años de aislamiento en su Manicua natal, producto de la lepra. Una vez en Suiza viaja a Hamburgo a iniciar un tratamiento para su enfermedad. Sin resultados satisfactorios parte para Italia y se interna en un sanatorio. Apesadumbrado y sin esperanzas de cura, suspende el tratamiento y asume su cargo como cónsul en marzo de 1930. A los pocos días hace su primer intento de suicidio. Ramos Sucre realiza otro intento de suicidio el mismo día en que cumplía sus 40 años, sin embargo muere cuatro días después. Sus restos reposan en el panteón de la familia Ramos Martínez, ubicado en el viejo Cementerio de Santa Inés de la ciudad de Cumaná.

JUAN CARLOS TORRES

## ELOGIO DE LA SOLEDAD

*La indiferencia no mancilla mi vida solitaria; los dolores pasados y presentes me conmueven; me he sentido prisionero en las ergástulas; he vacilado con los ilotas ebrios para inspirar amor a la templanza; me sonrojo de afrentosas esclavitudes; me lastima la melancolía invencible de las razas vencidas.*

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

La obra poética de José Antonio Ramos Sucre está en permanente revaloración por su singularidad, hermetismo y simbología. Él percibió el contexto artístico e intelectual venezolano como mediocre y conformista. Contra esto innovó en el campo de la poesía al ser uno de los primeros venezolanos en cultivar el poema en prosa, así como el uso de varias voces poéticas sin abandonar la exaltación del “yo”. En ocasiones su obra ha sido calificada como modernista o de vanguardia, especialmente por su colaboración en revistas como *El cojo ilustrado* y *válvula*, sin embargo, aún no puede ser catalogada y tuvo que esperar un buen periodo de tiempo para poder ser reconocida como una de las voces más originales y avanzadas de su tiempo.

Ramos Sucre sobresale por la universalidad y cosmopolitismo de su poesía, sin aparentes ataduras a una identidad regional, rechazando cualquier elemento que lo identifique con el costumbrismo característico en los escritores de su generación. Por esta razón las jóvenes vanguardias intelectuales en Venezuela, a partir de los años cincuenta, encuentran en él un ejemplo e influencia notables en movimientos como Sardo, Tabla Redonda y El Techo de la Ballena.

Ludovico Silva nos recordó que el contacto con las prosas de Ramos Sucre de los poetas de la generación de 1958 tuvo un efecto revolucionario:

Al contacto con este gran poeta, los jóvenes creadores sintieron que había, décadas atrás, quienes los respaldaran en su empeño de transformar los esquemas poéticos que, de una u otra manera, pese a la revolución del grupo “Viernes” persistía en nuestras letras. No solamente se desterró el temor

sacramental a los metros y a la rima (desterrados en cuanto a “obligación”, por supuesto, y no de un modo absoluto), sino que de una vez por todas comenzaron a surgir por doquier libros de poesía (en prosas), entre los cuales *Los cuadernos del destierro*, de Rafael Cadenas, se destaca como paradigma. Se volvió, bajo este impacto, a leer a Rimbaud y a los surrealistas y se asimiló en nuestro país de una vez por todas el espíritu de la lírica moderna. Corresponde a Ramos Sucre, de este modo, un sitio como gran adelantado, y por ello no debe sorprender a nadie que en su época fuese considerado como un ente extraño poseído por calenturas y demonios. Lo que había hecho no era otra cosa que incorporar la poesía venezolana a la modernidad. Su cultura y sus dones poéticos le ayudaron, aunque la fragilidad y la cortedad de su existencia –“antes de tiempo y casi en flor cortada”, que diría Garcilaso– le impidieron llevar su revolución hasta el punto en que solo pudieron llevarla después grandes poetas como Vallejo y Neruda.<sup>2</sup>

Su obra al igual que su vida fue corta, pero de gran intensidad. En sus poemarios *La Torre de Timón*, *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*, el poeta como fabulador constante dibuja formas atormentadas, perseguidas por fantasmas invisibles que recrea a fondo y nos ofrece una prosa rica de sensaciones, recuerdos y premoniciones, que reposan en el fondo de una realidad psíquica amenazada y trágica.

Ramos Sucre publicó, además, varias contribuciones sobre diversos temas, tan variados como poesía, democracia, feminismo, desigualdad, etc.; esos escritos aparecieron en los diarios *Renacimiento*, *El Heraldo*, *El Universal*, *El Nuevo Diario* y en revistas como *Actualidades* y *Élite*. Entre 1926 y 1929 publica bajo el título “Granizadas” aforismos y pensamientos en la revista *Élite*, algunos de ellos serían el germen de duras críticas por parte de sus contemporáneos y de las acusaciones de misoginia que enfrentó el poeta en sus últimos años. Sumado a estos puntos debemos señalar su posición política entre los cuadros de intelectuales de la burocracia del régimen dictatorial de Juan Vicente Gómez, que sin duda influyó la falta de interés y

proyección entre las élites intelectuales del país que sustituyeron a las gomecistas.

Esta selección continúa el plan nacional “Pueblo que lee no come cuento”, que busca posicionar en el pueblo y en el imaginario colectivo una cantidad significativa de autores y autoras que proponen una ética y una poética revolucionarias. También queremos con la entrega de este material que el pueblo tome la palabra para leer y activar puntos de lectura que sirvan para que la literatura de nuestras autoras y autores fluya por calles y plazas, por ciudades y caseríos. La consigna es “el pueblo lee al pueblo”. Quedan en tus manos lector y lectora estas páginas para no comer cuento, para empoderarte colectivamente de la palabra de nuestra bella Venezuela.

JUAN CARLOS TORRES



2 Ludovico Silva. “Ramos Sucre y nosotros”. *Revista Nacional de Cultura*, N° 219, Caracas, marzo-abril, 1975, pp. 64-65.



## ELOGIO DE LA SOLEDAD

Prebenda del cobarde y del indiferente reputan algunos la soledad, oponiéndose al criterio de los santos que renegaron del mundo y que en ella tuvieron escala de perfección y puerto de ventura. En la disputa acreditan superior sabiduría los autores de la opinión ascética. Siempre será necesario que los cultores de la belleza y del bien, los consagrados por la desdicha se acojan al mudo asilo de la soledad, único refugio acaso de los que parecen de otra época, desconcertados con el progreso. Demasiado altos para el egoísmo, no le obedecen muchos que se apartan de sus semejantes. Opuesta causa favorece a menudo tal resolución, porque así la invocaba un hombre en su descargo:

La indiferencia no mancilla mi vida solitaria; los dolores pasados y presentes me conmueven; me he sentido prisionero en las ergástulas; he vacilado con los ilotas ebrios para inspirar amor a la templanza; me sonrojo de afrentosas esclavitudes; me lastima la melancolía invencible de las razas vencidas. Los hombres cautivos de la barbarie musulmana, los judíos perseguidos en Rusia, los miserables hacinados en la noche como muertos en la ciudad del Támesis, son mis hermanos y los amo. Tomo el periódico, no como el rentista para tener noticias de su fortuna, sino para tener noticias de mi familia, que es toda la humanidad. No rehúyo mi deber de centinela de cuanto es débil y es bello, retirándome a la celda del estudio; yo soy el amigo de los paladines que buscaron vanamente la muerte en el riesgo de la última batalla larga y desgraciada, y es mi recuerdo desamparado ciprés sobre la fosa de los héroes anónimos. No me avergüenzo de homenajes caballerescos ni de galanterías anticuadas, ni me abstengo de recoger en el lodo del vicio la desprendida perla de rocío. Evito los abismos paralelos de la carne y de la muerte, recreándome con el afecto puro de la gloria; de noche en sueños

oigo sus promesas y estoy, por milagro de ese amor, tan libre de lazos terrenales como aquel místico al saberse amado por la madre de Jesús. La historia me ha dicho que en la Edad Media las almas nobles se extinguieron todas en los claustros, y que a los malvados quedó el dominio y población del mundo; y la experiencia, que confirma esta enseñanza, al darme prueba de la veracidad de Cervantes que hizo estéril a su héroe, me fuerza a la imitación del Sol, único, generoso y soberbio.

Así defendía la soledad uno, cuyo afligido espíritu era tan sensible, que podía servirle de imagen un lago acorde hasta con la más tenue aura, y en cuyo seno se prolongaran todos los ruidos, hasta sonar recónditos.

DE: *LA TORRE DE TIMÓN*, 1925.



## EN LA MUERTE DE UN HÉROE

Hasta en la opinión de graves y aprobados autores eclesiásticos la guerra es plantel de virtudes y gimnasio de caracteres. Descubre y remunera el valor, que es un caso de la abnegación, que es un despecho de los hombres altos, inconformes con la realidad menguada. Generoso y original es el valiente; de allí su prisa en amparar y hospedar los ideales desairados.

Del soñador es la sed del martirio, la curiosidad por la aventura, la exposición de la vida antes de la utilitaria vejez. El valor es en su alma, desterrada y superior, un artístico anhelo de morir.

Temprana melancolía, fiebre dolorosa y oculta es de ordinario esa virtud radical del soldado. Huye por tanto de la frecuente exhibición, del alarde brutal y plebeyo, acompasándose con la disciplina y con la espera de lucidos lances. El valeroso es tranquilamente enérgico.

El valor es timbre de las castas egregias, criadas para el torneo decoroso y gallardo. Copia el campo de batalla el palenque de los caballeros en el urgente peligro, en las ufanas banderas, en el duro pregón de los heraldos. También es el ejército una orden hidalga y abstinerente.

El valor es una de las tantas dotes hermosas y funestas. Lleva al sacrificio y a la muerte, apareja el desastroso escarmiento. Se perpetúa y repite por el ejemplo más que por la herencia insegura, ya que el valeroso está predestinado a perecer sin hijos, en verde juventud.

Resentimiento y protesta del idealista, gravedad amarga, señoril entono, atrevimiento sereno, prenda infausta, era a un tiempo mismo el valor completo de Manuel Bermúdez. Se enfrentaba al enemigo en armas, a la naturaleza desatada, a la calamidad de la suerte. Debía su ánimo al ejemplo, porque nació

en donde vegeta la energía varonil. Lo debía igualmente al linaje; con los brazos abiertos lo habrá reconocido por suyo José Francisco Bermúdez de Castro, el guerrero descomunal que en los muros humeantes de Cartagena cerró el paso a don Pablo Morillo con la espada del Cid.

DE: *LA TORRE DE TIMÓN*, 1925.





Mucho se ha encarecido el encierro en que guardan a la mujer española los varones de su sangre. Se ha visto en la custodia escrupulosa el trasunto de la opresión musulmana en el harén del invasor morisco. Se ha dicho que un adventicio espíritu de recelo y de severidad doméstica construyó la cerrada casa del español a imitación de la de su huésped secular.

Pero el uno y el otro fueron independientes y originales al levantar sobre el suelo mismo de la lid moradas inaccesibles. A tanto forzaba en toda Europa la necesidad de aquellos tiempos de asalto. Fuera de que el español seguía tradiciones más antiguas, relativamente indígenas, al remedar en su vivienda la seguridad y el imperio de los baluartes.

Tampoco aportó el sarraceno la moral obstinada y bronca que estrecha a la familia española dentro del hogar inexpugnable. En frecuentes pasajes se le anticipa el Fuero Juzgo. La excesiva protección a la mujer obedece tal vez a la virtud primitiva y fundamental del orgullo español, que tiene por variantes la devoción a la pureza del nombre, el culto de la probidad y la pasión por la justicia.

Gracias a ese mismo germen innato y multiforme del orgullo, el carácter del español se ostenta sensiblemente igual, entero y magnífico a través de toda la historia. Su más lejano antepasado fue capaz del susceptible pundonor, de la fe exaltada, del amor vehemente, de los celos iracundos que intrincan, si no mancillan de sangre, el enredo de la comedia calderoniana.

DE: *LA TORRE DE TIMÓN*, 1925.

Sobresale en el concurso de los fieles ingenuos por la severa majestad que levanta su hermosura decaída. Luce las galas últimas de la juventud con el doliente esplendor de la tarde, y aridece y blanquea sus cabellos el implacable otoño que arranca las hojas trémulas. Las melancólicas memorias de sus años juveniles sugieren la nostalgia de espléndidos festejos en un castillo señorial abandonado, y a oscurecer de lágrimas sus ojos viene, en el umbral de la vejez, un mensaje del pasado radiante en el recuerdo de anticuadas músicas.

El olvido, inexorable centinela, custodia su ventana, y ya ante ella no sucumben las demandas suplicantes, como olas rumorosas y humildes al pie de una roca inaccesible. Esquiva su alma a la mundana agitación, y moderada por el desengaño, vuela como la enlutada golondrina a recogerse en el ambiente místico del templo. Allí queda cautiva de la música que surge y se dilata cual la humareda lenta del incienso, y abomina del siglo entre un rumor de fúnebres latines.

Ocupa su alma el pensamiento de lo que es divino e inmortal desde que tuvo el espejo para su belleza mustia la censura pesimista de la calavera, y viste desde entonces los sombríos colores que simbolizan la desolación de nuestra vida y que son propios para lamentar el estrago irremediable del tiempo. La injuria de los años no oscurece el espejo de sus ojos que alumbran con vivo esplendor, como en virtud de un rito perenne. Ellos prestan a su rostro religiosa gravedad y la exhiben agotada y penitente cual si extenuara su vida el culto de un numen adusto.

Arrepentida de profanos coloquios y ávida de dolores, guarda para la cruz inflexible la confidencia de sus cuitas. Con desear para su frente, por piadosa imitación, la corona de sangrientas espinas ahuyenta el recuerdo de las fiestas. Para expiar



las mundanas ilusiones satisface el extremo de la enmienda y eleva sobre el yermo de su vida, para alumbrar el resto de su viaje, el cirio de cadavérica luz.

DE: *LA TORRE DE TIMÓN*, 1925.

## LA CONVERSIÓN DE PABLO

Los moradores de aquel pueblo extrañaban la facilidad con que yo había ganado la privanza del sacerdote que los presidía y curaba de sus almas. Ponderaban su carácter extraordinario, insistían en su retrainamiento lastimoso, recordaban para contraste los desmanes de su libre juventud rectificada bruscamente. Venía al caso apuntar la índole sombría de sus deudos, que buscaban el sosiego en diversiones brutales y en regocijos estruendosos, antes de incurrir en el desvarío místico o zozobrar en la demencia.

Decían que el arrepentimiento lo había consumido, que la virtud adoptada de pronto le había prestado aquel aspecto de árbol delgado y vacilante. La frente grave y los ojos desatentos indicaban al hombre desprendido del mundo, que recorre alado la tierra, que oye en el silencio altas voces aéreas.

Acostumbraba el monólogo mortificante, la retirada excursión bajo la luna lenta, el hurraño extravió a lo largo de los árboles que mece el aura de la tarde.

Una vez toleró mi compañía. Las estrellas lucían nuevas en la atmósfera despejada por la lluvia. Celajes desvaídos viajaban hacia el sol declinante. Cálido vapor surgía de la tierra desperezada al extinguirse el fuego del día.

Avanzaba a mi lado con el paso temeroso de un anciano, cuando me reveló el motivo de su sacerdocio, la razón de su perfeccionamiento asiduo. Entrecortaba este relato bajo un miedo angustioso:

—Vivía yo en donde nació, en una ciudad de claras bizarrías, de consejas extrañas y cármenes morunos. Debieran ser mármoles truncos sus escombros para completar el cuadro helénico del cielo y del mar cristalinos.





Por una de sus calles vetustas regresaba solo a descansar de la noche de orgía y de pasión. Yo adelantaba por aquella oscuridad de caverna cuando me detuvo un miedo superior.

Alguien se me oponía en traje de religioso. . .

Reconocí la aparición infausta que augura el trance supremo a los hombres de mi raza licenciosa y doliente, y que les inspira el pensamiento invariable en las postrimerías que amenazan más allá de la muerte. Entonces contraen ellos la demencia o conciben desesperada contrición.

DE: *LA TORRE DE TIMÓN*, 1925.

## HECHIZO

La tarde aterida vestía de azul, ceniza y plata. Las neblinas, fantasmas de la atmósfera, bajaban la escala del monte proceros hasta las ondulaciones de la tierra dura y parda. Circulaban arpegios moribundos, sonos eolios, gemidos del aire. Descendía en sacudidos copos la tristeza y una difusa luz tildaba los vértices de cristal.

La niña de infausta belleza rompía con emersión de nelumbo el lago del tedio. Lucía también colores austeros y marchitos, excepto el azul cándido de los ojos infantiles y el lujo solar de la cabellera, capaz de coronar con majestad de tiara su continente de sacerdotisa intacta, al servicio de una religión astronómica.

Yo soy ahora un mar callado al pie de una columna de balsalto, orillas de un reino de escaldas, donde no alcanza el sol oblicuo. Y ella misma, druidesa de espantoso bosque, sugiere el lago de una comarca hiperbórea, oscuro y glacial, de donde huyera la danzante luz con el arribo de noviembre. Y su rostro perdura en mis ojos desde que me apareció por vez primera en el curso de un letargo, del cual desperté con la súbita fractura de un espejo, en medio de mansión desamparada, una noche interminable.

La noticia de su nombre debía preannunciar mágicamente este segundo encuentro, parecido al reconocimiento fortuito, desenlace de los dramas fatales. Yo conocí aquel nombre leyéndolo con dificultad a la luz de arrinconada lámpara, en la sala de una fiesta concluida. Aquella luz era intermitente, fuliginosa y de color pálido. También eran de color pálido los contados trechos libres del cielo y, con significación de presagio irrevocable, una nube enorme, vampiro de alas satánicas, estorbaba en aquel instante el nacimiento del sol.

DE: *LA TORRE DE TIMÓN*, 1925.



## SOBRE LA POESÍA ELOCUENTE

La elocuencia es el don natural de persuadir y de conmover. La retórica, arte de bien decir, es sierva leal o desleal de la elocuencia, y cuando usa palabra altisonante o superflua merece el nombre de declamación. De modo que no hay disculpa al confundir maliciosamente la elocuencia, ventaja del contenido, emanada del afecto vehemente o de la convicción sincera, con la declamación que es vicio de la expresión, retórica defectuosa.

Algunos poetas sostienen que debe torcerse el cuello a la elocuencia, y conviene objetarles que tal severidad solo debe usarse con la declamación, porque aquel don afortunado sirve muy bien a la poesía entusiasmada y lírica. Además, debe distinguirse entre los poetas inactuales y egotistas y los poetas comunicativos, de apostolado y de combate, bardos de aliento profético y simpatía ardorosa que ejercen una función nacional o humanitaria. Los últimos no pueden prescindir jamás de la elocuencia y se expresarán inevitablemente en imágenes, medio que puede enunciar la filosofía más ardua y comunica eléctricamente la emoción. La imagen es la manera concreta y gráfica de expresarse, y declara una emotividad fina y emana de la aguda organización de los sentidos corporales. Algunos dialécticos, enamorados de la idea universal y sin fisonomía, reprueban esta manera de expresión, considerándola de humilde origen sensorial, y abogando por la supremacía de la inteligencia, con lo cual insisten en las distintas facultades de la mente humana, que es probablemente una totalidad sin partes.

La imagen siempre está cerca del símbolo o se confunde con él, y, fuera de ser gráfica, deja por estela cierta vaguedad y santidad que son propias de la poesía más excelente, cercana de la música y lejana de la escultura.

La imagen, expresión de lo particular, conviene especialmente con la poesía, porque el arte es individuante.

La imagen es un medio de expresión concreta y simpática, apta para poner de relieve las ideas sublimes e independientes de la metafísica y las nociones contingentes de la experiencia, y comunica instantáneamente los afectos. Pero nunca deja de ser un medio de expresión, y quien la use como fin viene a parar en retórico vicioso, en declamador.

DE: *LA TORRE DE TIMÓN*, 1925.



## LA VIDA DEL MALDITO

Yo adolezco de una degeneración ilustre; amo el dolor, la belleza y la crueldad, sobre todo esta última, que sirve para destruir un mundo abandonado al mal. Imagino constantemente la sensación del padecimiento físico, de la lesión orgánica.

Conservo recuerdos pronunciados de mi infancia, rememoro la faz marchita de mis abuelos, que murieron en esta misma vivienda espaciosa, heridos por dolencias prolongadas. Reconstituyo la escena de sus exequias, que presencié asombrado e inocente.

Mi alma es desde entonces crítica y blasfema; vive en pie de guerra contra los poderes humanos y divinos, alentada por la manía de la investigación; y esta curiosidad infatigable declara el motivo de mis triunfos escolares y de mi vida atolondrada y maleante al dejar las aulas. Detesto íntimamente a mis semejantes, quienes solo me inspiran epigramas inhumanos; y confieso que, en los días vacantes de mi juventud, mi índole destemplada y huraña me envolvía sin tregua en reyertas vehementes y despertaba las observaciones irónicas de las mujeres licenciosas que acuden a los sitios de diversión y peligro.

No me seducen los placeres mundanos y volví espontáneamente a la soledad, mucho antes del término de mi juventud, retirándome a esta mi ciudad nativa, lejana del progreso, asentada en una comarca apática y neutral. Desde entonces no he dejado esta mansión de colgaduras y de sombras. A sus espaldas fluye un delgado río de tinta, sustraído de la luz por la espesura de árboles crecidos, en pie sobre las márgenes, azotados sin descanso por un viento furioso, nacido de los montes áridos. La calle delantera, siempre desierta, suena a veces con el paso de un carro de bueyes, que reproduce la escena de una campiña etrusca.

La curiosidad me indujo a nupcias desventuradas, y casé improvisamente con una joven caracterizada por los rasgos de mi persona física, pero mejorados por una distinción original. La trataba con un desdén superior, dedicándole el mismo aprecio que a una muñeca desmontable por piezas. Pronto me aburrí de aquel ser infantil, ocasionalmente molesto, y decidí suprimirlo para enriquecimiento de mi experiencia.

La conduje con cierto pretexto delante de una excavación abierta adrede en el patio de esta misma casa. Yo portaba una pieza de hierro y con ella le coloqué encima de la oreja un firme porrazo. La infeliz cayó de rodillas dentro de la fosa, emitiendo débiles alaridos como de boba. La cubrí de tierra, y esa tarde me senté solo a la mesa, celebrando su ausencia.

La misma noche y otras siguientes, a hora avanzada, un brusco resplandor iluminaba mi dormitorio y me ahuyentaba el sueño sin remedio. Enmagrecí y me torné pálido, perdiendo sensiblemente las fuerzas. Para distraerme, contraí la costumbre de cabalgar desde mi vivienda hasta fuera de la ciudad, por las campiñas libres y llanas, y paraba el trote de la cabalgadura debajo de un mismo árbol envejecido, adecuado para una cita diabólica. Escuchaba en tal paraje murmullos dispersos y confusos, que no llegaban a voces. Viví así innumerables días hasta que, después de una crisis nerviosa que me ofuscó la razón, desperté clavado por la parálisis en esta silla rodante, bajo el cuidado de un fiel servidor que defendió los días de mi infancia.

Paso el tiempo en una meditación inquieta, cubierto, la mitad del cuerpo hasta los pies, por una felpa anchurosa. Quiero morir y busco las sugerencias lúgubres, y a mi lado arde constantemente este tenebrario, antes escondido en un desván de la casa.

En esta situación me visita, increpándome ferozmente, el espectro de mi víctima. Avanza hasta mí con las manos vengadoras en alto, mientras mi continuo servidor se arrincona de miedo; pero no dejaré esta mansión sino cuando sucumba por el encono del fantasma inclemente. Yo quiero escapar de los



hombres hasta después de muerto, y tengo ordenado que este edificio desaparezca, al día siguiente de finar mi vida y junto con mi cadáver, en medio de un torbellino de llamas.

DE: *LA TORRE DE TIMÓN*, 1925.

## LA PERTINENCIA DEL MAGO

Recibí advertimientos numerosos de origen celeste cuando empezaba a iniciarme en una ciencia irreverente. Me disuadían de seguir la demanda de verdades superiores a la fragilidad del hombre, y me amenazaban con la pérdida de la felicidad el mismo día de tenerla a mi alcance y con la prolongación expiatoria de mis días.

La meditación orgullosa había desmedrado aceleradamente mi organismo, anticipando las señales de la vejez.

Vi en la ruina de mi salud el último aviso de una potestad indignada.

Volví en mis fuerzas retirándome a la soledad de un predio, defendido por barrancos y hondones. De allí salí más tarde, en busca de impresiones nuevas, para un reino de tradiciones y de ruinas. Y, debajo de un pórtico despedazado, encontré una mujer adolescente, de ojos extasiados.

De tanto frecuentar su trato plácido, sentí el contagio de su arrobamiento, y sané de la zozobra anterior, disfrutando una promesa de bienestar.

Una tarde le referí los atentados de mi pasada curiosidad soberbia.

Mis palabras alarmaron su imaginación; ratificaron temores informes de peligros entrevistos o soñados durante su niñez retraída. Aquel sobresalto comenzó la abolición de su pensamiento y fue el estímulo de una agonía larga.

Seguí adelante al comenzar el advenimiento de las amenazas fatales. Buscaba un lugar apacible donde pagar el resto de la sanción irrevocable y esperar el diferido término de mis días.

Di con este país sumido en silencio nocturno. Escogí para edificar mi retiro la sombra de esta selva, tapiz desenvuelto al pie de los montes.



Sobre la selva y sin alcanzar la altura de los montes, vuelan  
ocasionalmente algunas aves de alas fatigadas.

DE: *LA TORRE DE TIMÓN*, 1925.

## LA CASA DEL OLVIDO

Un espejo retrata la oscuridad de la estancia, donde los muebles antiguos aumentan la majestad de la sombra. El color amarillo de los marcos, guarniciones y entalladuras vacila y fenecce en un borde negro. La estancia ocupa un extremo interior de la mansión desierta, salvo de ruidos y de alarmas; conviene con la meditación abismada y con el desconuelo infinito; rememora las ilusiones de antaño, desfile de lamentos. El sueño, de semblante lívido y alas funerales, visita el retiro inexpugnable, posando finalmente sobre el piso de alfombras; él es la única interrupción del soliloquio vertiginoso.

Una alta ventana descubre el cielo sublime, donde la nube flota con natación de náyade y corre con desbandada fuga de Atalanta. Un vegetal flexible sigue la jamba de la ventana, se dobla en arco y termina en flor solitaria; una flor que parece de arteificio: casta, indemne del tiempo, color de alabastro y sin aroma; y esa flor beata, de palidez litúrgica, traba relaciones dichosas con una estrella, divisada desde la ventana en un mismo sitio del cielo.

Pero la flor padece otro amor secreto y más vehemente: solicita el estanque vecino, yacija del agua dormida y desnuda, y quiere escapar de la sombra, para morir sumisa bajo el dardo del sol, igualando el sacrificio de tal cautiva, amante del vencedor en bárbara epopeya.

La luna coloca un nimbo de plata sobre la flor enjuta, monja negada al sueño y sustraída del mundo, una noche amenizada con inmensa luz remota, preludio y mensaje del cielo; y esa noche de contemplación, en su llano estanque, murmura en sueños el agua virginal.

La mansión enorme engrandece los fantasmas de la sombra y recibe la inundación del sol con el sosiego del desierto.





Dispone la mente a la meditación escrupulosa de la muerte y su recinto sellado enuncia agüeros de la eternidad.

En el centro de la morada funeral, edificada con regularidad severa, el agotado pozo antiguo, convertido en fosa, puede sustentar la vida de un ciprés inmóvil. El árbol huraño vigila sin fin sobre la fosa inadvertida, y su cúspide, finalmente elevada por encima de los muros de la mansión rigurosa, demanda el horizonte lejano y el lenitivo de la aurora.

DE: *LA TORRE DE TIMÓN*, 1925.

## EL VALLE DE LOS ÉXTASIS

Yo vivía perplejo descubriendo las ideas y los hábitos del mago furtivo. Yo establecía su parentesco y semejanza con los músicos irlandeses, juntados en la corte por una invitación honorable de Carlomagno. Uno de esos ministriles había depositado entre las manos del emperador difunto, al celebrarse la inhumación, un evangelio artístico.

El mago furtivo no cesaba de honrar la memoria de su hija y sopesaba entre los dedos la corona de perlas de su frente. La doncella había nacido con el privilegio de visitar el mundo en una carrera alada. La muerte la cautivó en una red de aire, artificio de cazar aves, armado en alto. Su progenitor la había bautizado en el mar, siguiendo una regla cismática, y no alcanzó su propósito de comunicarle la invulnerabilidad de un paladín resplandeciente.

El mago preludiaba en su cornamusa, con el fin de celebrar el nombre de su hija, una balada guerrera en el sosiego nocturno y de esa misma suerte festejaba el arribo de la golondrina en el aguaviento de marzo.

La voz de los sueños le inspiró el capricho de embellecer los últimos días de su jornada terrestre con la presencia de una joya fabulosa, a imitación de los caballeros eucarísticos. Se despidió de mí advirtiéndome su esperanza de recoger al pie de un árbol invisible la copa de zafir de Teodolinda, una reina lombarda.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.





## LOS HEREJES

La doncella se asoma a ver el campo, a interrogar una lontananza trémula. Su mente padece la visión de los jinetes del exterminio, descrita en las páginas del Apocalipsis y en un comentario de estampas negras.

La voz popular decanta la lluvia de sangre y el eclipse y advierte la similitud con las maravillas de antaño, contemporáneas del rey Lear.

Un capitán, desabrido e insolente con su rey, fija la tienda de campaña, de seda carmesí, en medio de las ruinas. Los soldados, los diablos de la guerra, dejan ver el tizne del incendio o del infierno en la tez árida y su roja pelambre. Un arbitrista, usurpador del traje de Arlequín, los persuade a la licencia y los abastece de monedas de similor y de papel.

La doncella aleja la muchedumbre de los enemigos, prodigando las noches de oración. Se retiran delante de una maleza indeleble, después de fatigarse vanamente en la apertura de un camino. El golpe de sus hierros no encontraba asiento y se perdía en el vacío.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## EL VERSO

El nenúfar blanco surgía de la piscina, entre los ánades soberbios de lucir en sus plumas el rubor de las llamas. El ciprés confundía en el polvo las hojas tenues, en el cruce de las avenidas. Sufría, vestido de luto, el riego de una llovizna de cristal.

Un doméstico, abastecido de un tridente de hierro y de una linterna en la cintura, recorría dando voces el jardín aciago. Los pavones ruantes animaban las horas indolentes de la cerrazón.

La princesa de China, de talle esbelto, apareció de puntillas a lamentar la corola decadente de las flores criadas bajo una campana de vidrio y se abandonó a sus lágrimas humildes e infantiles.

Ese mismo día fue solicitada en casamiento y dividió conmigo su amargura. Quiso llevarse a la tienda de campaña de un nómada, al yermo glacial, un juicio profundo, un verso de mi fantasía, aplicado a la dureza de la suerte y yo lo dibujé en su abanico de marfil, recordando los signos de una caligrafía noble.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.



## EL DUENDE

El cardenal me circunvenía y agasajaba desde cuando sorprendí sus trampas en el juego. Yo había militado en garitos innumerables.

La ambición terrestre lo había desviado de contraer los votos del sacerdocio. Los murmuradores le imputaban el proyecto de ganar cabida y mando en una familia arrogante, por medio de un casamiento secreto.

Se acercaba constantemente al objeto de sus afanes. Una mujer del linaje soberbio se desvelaba al lado de su consorte, reducido a los huesos por un mal progresivo, y esperaba a cada paso la viudez. El Sumo Pontífice, animado de una sana intención, me despidió de entre sus familiares, revueltos contra mí por el cardenal, y me confió un recado para la diócesis de Rávena. Yo estaba prendado de la belleza antigua y su ritmo preciso y censuré, en la ciudad de mi destierro, el arte pródigo de los bizantinos y el desvarío de Dante, un poeta absurdo, sepultado allí mismo.

He rastreado los motivos del cardenal en contra de mi persona y dignidad. Acaso me creyó en la pista de sus relaciones culpables con una ralea sindicada. Un niño díscolo, el más consentido de sus servidores, me derribó en su palacio, enredándome con un hilo invisible, y yo lo azoté a mi satisfacción. El cardenal lo había tomado de los brazos de una mujer aviesa, reliquia de una tribu de idólatras.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## BAJO LA RÁFAGA DE ARENA

Una muchedumbre de hormigas había practicado sus galerías en el suelo de nuestra tienda de campaña. Insinuaban en las venas una saliva cáustica. Nos defendíamos sufriendo un barniz general de aceite de palma.

La aridez consentía apenas el sicomoro y el aloe.

Visitábamos profundamente los desiertos de una raza infeliz para abastecernos de marfil y de cortezas perfumadas. Esperábamos aumentar en una sola vez los tesoros del comercio y los recursos de la medicina. Las preseas de la flora debían usarse en la mitigación de los dolores humanos.

Los naturales se habían dividido en facciones y se consumían en una guerra ilimitada. El vencedor acarrea los prisioneros, donde no podían desertar, y los vendía para la esclavitud. Una sola cuerda los juntaba por el cuello. El espanto dominaba en las aldeas reducidas a cenizas.

Unos ciegos habían sido desviados de la muerte o del cautiverio. Los recogimos para llevarlos a un lugar habitado y feraz, donde pudieran vivir de la compasión. Navegamos a la sirga, por un río seco, durante una semana.

Nos anunciamos por medio de cohetes al divisar el vecindario de casas de paja, en donde esperamos alojar los desvalidos. Las casas de paja, de un dibujo circular, se prolongaban en aposentos subterráneos.

Un ministro del rey vino a preguntarnos el objeto de nuestro viaje. Yo lo insté a mediar en obsequio de mi interés civilizador.

El rey me llamó a su presencia y me regaló un caudal de resinas, de bálsamos y de hojas. Aproveché la entrevista para despertar su misericordia, refiriéndole el caso de los ciegos.

Se holgó extremadamente de saberlo y decidí mostrarme al punto los méritos de su presente. Ensayó con los desgraciados



el efecto de las hojas narcóticas y murieron en medio de un embeleso.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## EL REBELDE

El cincelador italiano trabaja con el arcabuz al lado. Trata a los magnates de su siglo mano a mano y sin rebozo, arrogándose una majestad superior.

Sus pasiones no se coronan de flores, ajustándose a la imagen de Platón, muy celebrado en esos días, sino se exaltan y revuelven a la manera de la hueste épica de las amazonas.

Los cortesanos de un rey batallador lo saludan con un gesto de asombro y se dividen para formarle calle. Derrama en el suelo y a los pies del trono las dádivas de su arte seguro y de su numen independiente. Las joyas despiden en la oscuridad una luz convulsa y reproducen la vegetación caprichosa del mar y las quimeras del terror.

Se cree invulnerable y desahoga en aventuras y reyertas la índole soberbia. Aleja de tal modo las insinuaciones del amor y de los afectos humanos para seguir mereciendo el socorro de la salamandra y de la república volante de las sílfides.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.



## MARGINAL

Una crónica inicia el episodio de un aventurero desengañado de sus correrías y lastimado por la pobreza. No había alcanzado ninguna presea en medio de los sobresaltos del campamento. Supo a caso la destitución de un rey y su cautiverio de casi tres decenios sin otra compañía sino la de su enano.

El aventurero interrumpe la crítica de las rapsodias homéricas en el original griego, único solaz de su decadencia, para abrazar en vano la empresa de soltarlo. El cautivo había sido un déspota soberbio y se le acusaba de haber lanzado su jauría al encuentro de un obispo solícito.

El aventurero volvía de una guerra con los infieles en las praderas del Danubio. Sentado sobre un tambor de piel de asno, ocuparía el desvelo de las noches de alarma en recoger de un bizantino prófugo las noticias del idioma vibrante. Debió de recrear el carácter desabrido en las vicisitudes de la Iliada y de esa misma escena puede escogerse el símbolo del buitre, enemigo de los moribundos, con el objeto de significar el estrago de su voluntad empedernida.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## LOS HIJOS DE LA TIERRA

Los nómades, reducidos a la indigencia, habían fijado su tienda de campaña en medio de un llano roído por el fuego. Los caballos, prácticos en el arte de acertar con la hierba debajo de la nieve, mordían y trituraban la paja renegrida. Habían sido soldados de unos carros innobles. Una polvareda fortuita venía del horizonte a malograr la faena de los herreros y de los albéitares, oficios reivindicados para satisfacer las preguntas de la policía.

Los naturales del país, fieles de un dogma tiránico, vigilaban la actitud de los peregrinos y los acusaban de impíos y de rapaces. Yo no me aventuraba en su campamento sino a caballo y provisto de un sable recurvo y después de calarme hasta las orejas un gorro cilíndrico, de pelambre de carnero.

Los nómades se decían ofendidos en su credo rudimental y solicitaban el auxilio de unas divinidades obtusas, fantasmas del caos desolado. Referían el origen de su raza a la invasión de un cometa, en el principio de los siglos.

Decidieron alejarse en las últimas oscilaciones del otoño. Volaban los cristales de la nieve precoz. Las ráfagas del polo disolvían el sudario de una virgen insepulta, en la noche estigia, en el límite del mundo.

Lastimaron, antes de su viaje, la fe de los indígenas con el sacrificio de un perro en la actitud del crucifijo. Consultaban de ese modo el éxito de sus pensamientos y requerían el arribo inmediato y el socorro de la noche. La invitaban a fustigar sin tregua la pareja de cuervos de su carro taciturno.

La hueste famélica se dirigió al encuentro de un sol precipitado.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## EL VÉRTIGO DE LA DECADENCIA

Asisto en el Coliseo romano al sacrificio de los mártires sublimes. Se han juntado en el centro del estadio y sugieren el caso de una cohorte diezmada, sensible al mandamiento del honor.

Las fieras soltadas de su cárcel rodean la turba lastimosa, agilitándose para el asalto. Las espaldas flexibles ondulan voluptuosamente y las zarpas agudas, hincadas en el suelo, avientan mangas de polvo.

La muchedumbre de los espectadores, animada de una crueldad gozosa, rompe en un clamor salvaje. Reproduce el estruendo de la ovación.

El soberano del orbe domesticado nota los accidentes y pormenores de la fiesta, mirándola a través de una esmeralda, la piedra mejor calificada para el atavío de las divinidades.

Las fieras se fatigan dilacerando el grupo inerme y respetan los residuos inanimados y una virgen de gesto profético.

Una voz la condena al suplicio del fuego y provoca el asentimiento unánime. La muchedumbre asume una responsabilidad indivisible y se pierde en el delirio de su maldad, hiriendo a la inocencia.

La hoguera despide una lumbre fatídica y les dibuja, a los más inquietos, un rostro de cadáver.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## ENTRE LOS ESCLAVOS

La iglesia inmemorial cabía en la sombra de un roble. Yo admiraba el altar de plata dorada, primor bizantino. Registré el coro y los muebles de encina esculpida.

Allí se efectuaron unas exequias inolvidables. El cortejo de unos hombres enlutados se anticipaba al féretro de un joven. Portaban sendas linternas. El consejo de los ancianos se había reunido para decidir el restablecimiento de una ceremonia antigua, en señal de tribulación.

La virgen más bella del lugar montaba el caballo del difunto y presidía el duelo. Se habían apasionado desde la niñez.

La fiesta debía terminar fuera de poblado, en el cementerio, y yo la observé desde lejos. La virgen se abandonó al trote de su cabalgadura y yo la vi desaparecer en un camino ideal, de vaguedad celeste.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.



## EL POLÍTICO

La carroza del caudillo sanguinario solivianta el polvo de la ruta de fuego. Su escolta ha recogido las tiendas de campaña sobre el lomo de unos perros inicuos. El tizne del incendio releva la tez bisunta y los cabellos lacios de los guerreros enjutos, efiultos y vestiglos, delirio de un bonzo.

El mandarín, astuto y perezoso, gato sibarita, socava el auge de la horda montés. Su discurso indirecto, proferido a sovoz en una entrevista con los invasores, divierte el estrago a una lontananza quimérica. Su frívolo cincel refina la corola de marfil de una flor mecánica.

El tropel de sagitarios, amenaza frenética, se engolfa en el erial, se encara al cielo resplandeciente, de límites violáceos. Un numen aleve suelta la cuadriga de los torbellinos y sepulta la algazara de los jinetes bajo un tapiz monótono.

El mandarín, azar de su niñez, recibió de su maestro, un peregrino tunante, el apólogo de la calavera nihilista, en el sitio del vendaval. Un astrólogo señalaba ese día el equilibrio de los elementos.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## EL PAÍS LÍVIDO

No me atrevía a interrumpir con la voz el sosiego de los olivos uniformes. Yo veneraba su follaje de un color cetrino. Habían crecido, conforme una ley, en el circuito de unos sauces impasibles.

Los residuos de un acueducto romano aumentaban la majestad del valle sombrío. Una balanza adornaba la frente de un templo ultrajado por las generaciones infieles y significaba las amenazas irremisibles de la justicia en un mundo superior.

Yo me perdía adrede en las avenidas, invocando los difuntos de mi predilección. Un sol rojo, presagio del temporal, desaparecía en la niebla de la tarde húmeda.

El afecto y la presencia de una sombra asidua me habían desprendido de la tierra. Yo me retiraba a descansar cuando la luna, el astro de los muertos, ocupaba el medio del cielo.

Un fantasma idéntico, reliquia del mito de Psiquis, me visitaba en el curso del sueño. Yo despertaba con la memoria de haberme fatigado en una persecución inverosímil y descubría en mis dedos el tizne de una mariposa nocturna.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.



## EL ERROR VESPERTINO

Unos jinetes bravíos me escoltaban durante la visita al país de las ruinas legendarias. Nos detuvimos a maravillarnos los arabescos y perfiles de un puente de arcos ojivales.

Invadimos la ciudad fatídica por una avenida de cipreses violados. Yo me extasiaba en el ambiente de pureza, a la vista de un cielo de tintes ideales. La imagen de un alminar brillante se dibujaba en el río de linfas indolentes.

Yo adelantaba, peregrino del desencanto, en el sosiego inverosímil.

Un cortejo nupcial, pregonado por los sonidos de una melodía sensible, me despertó del ensueño, me volvió a la presencia del infortunio. La joven se dirigía al cautiverio en un carro de usanza agreste.

Yo traté de seguir los vestigios sutiles del cortejo a la luz del crepúsculo de éter y me encontré solo y a ciegas en el circuito de unas tumbas idénticas.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## EL DUELO

El galán quedó tendido en el suelo de nieve, entre los árboles disecados por el invierno. Salía del baile de máscaras, animado de la pasión de los celos, a demandar un desagravio. Recibió en el pecho la aguda lámina del hierro.

La dama vestida de terciopelo azul, motivo de la discordia, presencié el curso y el desenlace del conflicto sangriento. Le atribuían en secreto uno de los apellidos más nobles de Francia.

El mágico de ropilla escarlata sostiene en sus brazos al moribundo y escucha las últimas palabras, enunciadas con la voz ansiosa y débil de un infante. Presta el auxilio de una ciencia difamada.

La mujer culpable se recoge en el palacio de exquisita arquitectura. Sus autores y fabricantes se habían inspirado en la fauna. Balbuceo de miedo al considerar la noticia de una peste ensañada con las hermosas y criada en los puertos de Levante.

La dama sucumbe en la sala del piso de pórfito, al lado de su lebril blanco.

Ha divisado en la penumbra de los aposentos la figura mortal de Empous, una larva de ojos de envidia y cabeza de asno, repulsada por Mefistófeles.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.



## EL MONÓLOGO

El caballero de los pensamientos desvariados registra el mar. Se apoya de espaldas en una roca perenne. Deja de la mano y en el suelo el sombrero y la espada.

Un ave feudal, de librea cenicienta, domina el aire desierto. ¡Cuántas batallas se libraron a la vista de las torres!

El caballero descubre la imagen de su vida en la soledad del pájaro altivo. ¿No sucumbe en la amargura y rehúsa la sociedad desde el rapto de su amada, el día de una incursión de los infieles?

El caballero piensa en redimirla y fía en la merced de un azar feliz, prodigado en la realidad contemporánea. Se ha arruinado con la desdicha y se extravía en medio de las lucubraciones de un entendimiento evaporado.

Inventa, entre suspiros y sonrisas, el término de su inquietud. Los accidentes de su fortuna y el desenlace imaginario se encuentran en más de una conseja de romeros infantiles, recitada en una etapa vespertina.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## EL ESPEJO DE LAS HADAS

La virgen de la espada al cinto visita el remanso profundo para ver la imagen de su galán, devuelta de entre los muertos. Contenta su propósito sin bajar del caballo rebelde.

La virgen ciñe en ese momento una corona de ortigas, la del rey Lear, víctima de su presunción.

Se envanecía de su felicidad al ensalzar con elogio redundante los méritos del galán y la escucharon los celadores del orgullo, los aviesos ministros del Destino.

La muerte asume el gesto de un viejo socarrón e interrumpe el camino del amante a la entrevista apasionada. Consigue indignarlo con sus parábolas ambiguas y lo burla y lo derriba con una suerte de su tridente, arma desusada.

Ovidio, el fabulista de los gentiles, habría decantado el llanto de la mujer en una elegía ronca y la habría convertido en un ciprés, anulando la figura humana.

Las hadas setentrionales, reconciliadas con el niño Jesús y partícipes de la fiesta de su nacimiento, se compadecieron de un amor desventurado y permiten la aparición de la sombra en la cuenca de su lago de zafir.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.





## LA REDENCIÓN DE FAUSTO

Leonardo de Vinci gustaba de pintar figuras gaseosas, umbrátiles. Dejó en manos de Alberto Durero, habitante de Venecia, un ejemplar de la Gioconda, célebre por la sonrisa mágica.

Ese mismo cuadro vino a iluminar, días después, la estancia de Fausto.

El sabio se fatigaba riñendo con su bachiller presuntuoso, de cuello de encaje y espadín, y con Mefistófeles, antecesor de Hegel, obstinado en ejecutar la síntesis de los contrarios, en equivocarse el bien con el mal. Fausto lo despidió de su amistad, volvió en su juicio y notó por primera vez la ausencia de la mujer.

La criatura espectral de Leonardo de Vinci dejó de ser una imagen cautiva, posó la mano sobre el hombro del pensador y apagó su lámpara vigilante.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## LA JORNADA DEL EREMITA

Yo asistí en su agonía al ciervo de edad prolongada y recogí el collar de bronce, de monedas romanas, soltándolo de su cerviz.

Los gentiles habían atribuido al ciervo una longevidad prodigiosa, según se refiere en muy doctos escritos, y Nuestro Señor despertó por medio de uno de ellos la vocación de San Huberto.

Nadie había logrado seguir la pista del ciervo de edad prolongada. Las zarzas humildes y sin nombre dejaron de trabarse delante de mí, el día de hallarlo en su última hora. Unas flores se prendieron en mi saya monástica, tejiéndole una franja, y me turbaron con su belleza. Yo sé defenderme del hechizo de las criaturas.

Tuve entre mis manos la cabeza del ciervo caduco y su ruina se manifestó cuando solté de su cerviz el collar antiguo, de labor secreta y efecto pasmoso, por donde se volvía invisible.

Una vez despojado de aquella prenda de su fuerza, espiró la vida gimiendo.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.



## LA PRESENCIA

La imagen de las torres se dibujaba en el mar. Unos pájaros tenues las rodeaban con su vuelo metódico. No podían sostenerse en sus pies elementales, falsos.

Los rayos caían al azar y con frecuencia desde el cielo vacío. Yo esforzaba el pensamiento y no descubría su origen imposible. Las torres y un ciprés lacio permanecían indemnes.

Yo había despertado de un sueño inmóvil y de sus visiones fatídicas, originarias de la luna. La vista del ciprés me encaminó a un sepulcro inédito.

Isolda había desaparecido de la tierra y descansaba allí mismo de su pasión agónica. Yo quise hablar y mis palabras volaron por el aire, convertidas espontáneamente en gemidos.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.



## EL DISIDENTE

San Francisco de Sales aconsejaba dirigir invectivas al demonio, para alejarlo de nuestra presencia. Yo había leído en otro escritor ascético la costumbre saludable de arrojarse de bruces sobre la tierra desnuda.

La muchedumbre de los posesos había molestado la atención de Bodin, el probo jurisconsulto francés, y motivado largos trabajos de su pluma.

Los suplicios difundían el terror y contristaban el ánimo. Se multiplicaron los casos de enajenación y el padre de un ahorcado se declaró igual a Jesucristo y salió de noche a quejarse con voz sepulcral.

No me avine jamás con el arte lúgubre de aquellos hechizados y pude esperar a mansalva el fin de las hogueras de la represión.

En medio de la amenaza constante, quise expiar mis culpas ignoradas y despistar los satélites de un poder asombradizo. Recordé la ceremonia de los israelitas con el cabrío emisario y la usé con un ave nocturna.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.



## EL APRENDIZ

Yo me esforzaba en atinar los vestigios de una sombra aventurera. Le atribuía la rueda y el compás, los avíos de Santa Catalina o de Urania, e imaginaba su descenso de una sala etérea, de un reino inverosímil.

Yo trataba entonces con el maestro de un arte sublime, autor de edificios reflejados en las linfas del Rhin, y atento a imitar la regularidad sideral, la melodía visible del cielo.

Yo horadaba continuamente la tierra para descubrir maravillas sombrías. Un ser proscrito me había celebrado a solas los aposentos y corredores de una urbe sepultada y añadía los méritos del gnomo en la fábrica del cristal y su recelo de los hombres. Una piedra me separó de la entrevista, cayendo de repeso en las aguas de una laguna crepuscular.

Yo vine a pensar en los artistas de una raza difunta y soterrada. Los residuos de su grandeza habían inspirado sin duda la disciplina de mi consejero y maestro y yo erraba al asignarle un origen celeste. Él espío desde ese momento mis pasos, sin arrepentirse de su benevolencia, me siguió por una caverna sinuosa y me recogió, inerte y desvariado, delante de un sepulcro distinguido con la rueda y el compás, los signos de Santa Catalina o de Urania.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## EL PEREGRINO FERVIENTE

Yo sufría en paz el sinsabor de los cielos ateridos. Un esplendor lívido, el sol extraviado, nacía debajo del horizonte e iluminaba la urbe glacial. El agua de los meteoros ennegrecía las casas monumentales.

Un monje reflexivo, poseído de la soberbia, conocía los secretos de la mecánica y de la magia natural. La cabeza de un autómata anunciaba el porvenir y yo la consulté sin remordimiento.

Yo recibí ese día un castigo de origen arcano. Pasabas de esta vida a ocultas de mí y sin esperanza. Yo vine a perderme en la sombra y en el polvo de un palacio frágil, seguí los errores de un fantasma ciego, de una efigie entrevista bajo las tenues gasas de Eurídice y volví a la plaza misma del ingreso, después de una ronda febril.

Yo emprendí la vuelta de mi patria en medio del rumor de una inmensa desventura. Los hombres desertaban de las ciudades, huyendo de la peste y de los ludibrios del miedo. El incendio de las ricas mansiones desentumía al lobo condenado.

Unas vírgenes de tu amistad, inspiradas en el ejemplo de tu virtud y vestidas con el atavío del fantasma ciego, de la sombra aérea, me encaminaron al lugar de tu sepulcro, me arrodillaron al pie de tu imagen de alabastro.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.



## LA CIUDAD DE LOS ESPEJISMOS

Yo cultivo las memorias de mi niñez mediatunda. Un campanario invisible, perdido en la oscuridad, sonaba la hora de volver a casa de recogerme en el aposento.

Ruidos solemnes interrumpían a cada paso mi sueño. Yo creía sentir el desfile de un cortejo y el rumor de sus preces. Se dirigía a la tumba de un héroe, en el convento de unos hermanos inflexibles, y transitaba la calle hundida bruscamente en el río lánguido.

Yo me incorporaba de donde yacía, atinaba un camino entre los muebles del estrado, sala de las ceremonias, y abría en secreto las ventanas. Porfiaba inútilmente en distinguir el cortejo funeral. Una vislumbre desvariada recorría los cielos.

No puedo señalar el número de veces de mi despertamiento y vana solicitud. Recuperaba a tientas mi dormitorio, después de restablecer el orden en las alhajas de la sala. Un insecto diabólico provocaba mi enfado ocultándose velozmente en la espesura de la alfombra.

La ruina de las paredes había empolvado la sala desierta. Mis abuelos, enfáticos y señoriles, no recibían sino la visita de la muerte.

Yo no alcanzaba a desprenderme de los fantasmas del sueño en el curso de la vigilia. La mañana invadía de tintes lívidos mi balcón florido y yo reposaba la vista en una lontananza de sauces indiferentes, en un ensueño de Shakespeare.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.

## EL JARDINERO DE LAS ESPINAS

Un relicario de bronce guardaba, más de mil años, los despojos de una virgen cristiana arrojada al Tíber. Yo había reconstituido algunos episodios de su jornada en este mundo por medio de las noticias breves, lineales, de una crónica devota.

La iglesia de su descanso dominaba una vía desierta. Las reliquias de los jardines y palacios declaraban el esfuerzo magnánimo de los antiguos. Yo visité el paraje en la mitad de noviembre, bajo un cielo de ópalo, desnudo y friolento. Yo me detuve al pie de un árbol de hojas invictas y las persuadí al sosiego recitando unos versos augurales de Virgilio.

Adiviné en ese momento uno de los prodigios atribuidos a la virgen martirizada. Su imagen ilusoria había consolado los días de un proscrito de la Edad Media, de un enfermo arrojado lejos de los hombres, impedidos en su cubil de helecho, y había puesto en sus manos el arpa de Israfel. Un judío de vida impedida me había revelado el nombre del primer músico en el cortejo de los ángeles.

Yo me restablecí de un afecto desvariado asumiendo una actitud contemplativa, esforzándome en dibujar la figura ideal de la santa. Yo me perdí adrede en la soledad de unos montes bruñidos y me abandonaba sobre un reguero de piedras. Una golondrina desertaba de los suyos en el mes de sombras de la cuaresma y creaba delante de mí, enredándose en mis cabellos, la vista de la vía desierta y de la iglesia del relicario en la Roma pontifical.

DE: *EL CIELO DE ESMALTE*, 1929.



## LAS RUINAS

Sentía bajo mis pies la mollicie del musgo de color de herrumbre, aficionado a la humedad. Proliferaba sobre el tejado y en la rotura de las paredes y de las ménsulas.

Sobre la maciza escalinata había corrido un tropel de caballos alados y de zueco de hierro, a la voz de un héroe imberbe, lisonjeado por la victoria. Hería con una maza ligera y usual como un cetro, de cabeza redonda y armada de puntas metálicas.

Yo visitaba, después de un decenio, el palacio de techo hundido. La lluvia, descolgada perpetuamente a raudales, había desnudado, de su delgado tapiz de tierra, la roca de granito situada a los pies y delante del edificio. Su acceso había llegado a ser una cuesta difícil.

Yo me incliné delante de la imagen de un santo, aposentada en su vetusta hornacina, orlada de parietarias, y bajé a perderme en una senda de robles. Desde sus ramas bajaban hasta el suelo de arena los sarmientos péndulos de una flora adventicia.

Yo seguí por ese camino, solo y sin deponer la espada, y vine a sentarme, ansioso de meditar y de leer, en un poyo de piedra, ceñido al pie de un árbol imprevisto.

Sus hojas amarillas y de un revés grisáceo vibraban al unísono del mar indolente y una de ellas, volando al azar, rozó mi cabeza y vino a llenar de fragancia las páginas de mi libro de Amadís.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.

## EL RITO

Me habían traído hasta allí con los ojos vendados. Llamas sinuosas corrían sobre el piso del santuario en ciertos momentos de la noche sepulcral, subían las columnas y embellecían la flor exquisita del acanto.

Las cariátides de rostro sereno, sostenían en la mano balanzas emblemáticas y lámparas extintas.

Me propongo dedicar un recuerdo a mi compañero de aquellos días de soledad. Era amable y prudente y juntaba los dones más estimados de la naturaleza. Aplazaba constantemente la respuesta de mis preguntas ansiosas. Yo le llevaba algunos años.

El murió a manos de una turba delirante enemiga de su piedad. Me había dejado en la ignorancia de su origen y de sus servicios.

Yo estuve cerca de abandonarme a la desesperación. Recuperé el sosiego invocando su nombre, durante una semana, a la orilla del mar y en presencia del sol agónico.

Yo retenía un puñado de sus cenizas en la mano izquierda y lo llamaba tres veces consecutivas.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.

## EL TALISMÁN

Vivía solo en el aposento guarnecido de una serie de espejos mágicos. Ensayaba, antes de la entrevista con algún enemigo, una sonrisa falsa.

Había exterminado las hijas de los pobres, raptándolas y perdiéndolas desdeñosamente. Alberto Durero lo descubrió una noche en solicitud de una incauta. El galán se había provisto de un farol de ronda para atisbar a mansalva y volvió a su vivienda después de un rodeo infructuoso y sobre un caballo macilento. El artista dibujó, el día siguiente, la imagen del caballero en el acto de regresar a su guarida. Lo convirtió en un espectro cabalgante y le sustituyó el farol de ronda por un reloj de arena.

El caballero habita una casa desprevenida de guardianes, sumida en la sombra desde la puesta del sol. No se cuenta de ningún asalto concertado por sus malquerientes.

Se abandona sin zozobra al sueño inerme. Fía su seguridad al efluvio de una redoma fosforescente, en donde guarda una criatura humana, el prodigio mayor del laboratorio de Fausto.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.

## EL MANDARÍN

Yo había perdido la gracia del emperador de China.

No podía dirigirme a los ciudadanos sin advertirles de modo explícito mi degradación.

Un rival me acusó de haberme sustraído a la visita de mis padres cuando pulsaron el tímpano colocado a la puerta de mi audiencia.

Mis criados me negaron a los dos ancianos, caducos y desdentados, y los despidieron a palos.

Yo me prosterné a los pies del emperador cuando bajaba a su jardín por la escalera de granito. Recuperé el favor comparando su rostro al de la luna.

Me confió el debelamiento y el gobierno de un distrito lejano, en donde habían sobrevenido desórdenes. Aproveché la ocasión de probar mi fidelidad.

La miseria había soliviantado los nativos. Agonizaban de hambre en compañía de sus perros furiosos. Las mujeres abandonaban sus criaturas a unos cerdos horripilantes. No era posible roturar el suelo sin provocar la salida y la difusión de miasmas pestilentes. Aquellos seres lloraban en el nacimiento de un hijo y ahorran escrupulosamente para comprarse un ataúd.

Yo restablecí la paz descabezando a los hombres y vendiendo sus cráneos para amuletos. Mis soldados cortaron después las manos de las mujeres.

El emperador me honró con su visita, me subió algunos grados en su privanza y me prometió la perdición de mis émulos.

Sonrió dichosamente al mirar los brazos de las mujeres convertidos en bastones.

Las hijas de mis rivales salieron a mendigar por los caminos.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.



## EL CASTIGO

El visionario me enseñaba la numeración valiéndose de un árbol de hojas incalculables. Pasó a iniciarme en las figuras y volúmenes señalándome el ejemplo del cristal y la proporción guardada entre las piezas de una flor. Descubría en el cuerpo oscuro un átomo de la luz insinuante.

El visionario desaparecía al caer la tarde en un esquiife de cabida superficial. Creaba la ilusión de zozobrar en una lejanía ambigua, en medio de un tumulto de olas. Yo miraba flotar las reliquias de su veste y de su corona de ciprés.

Volví el día siguiente a escondidas de mí, usando el mismo vestido solemne de un sacerdote hebreo, conforme el ritual de Moisés.

Comentaba en ese momento el pasaje de un rollo de pergamino, escrito sin vocales. La portada mostraba la imagen del licaón, el lobo del África. Terminaba citando el nombre de los profetas vengativos y soltaba a faz de la mañana un himno grandioso donde se agotaba el torrente de su voz.

Dejé de verlo cuando se puso a hablar temerariamente, a través del espacio libre, con un astro magnético.

La rotonda, en donde se había acogido, vino súbitamente al suelo, rodeada de llamas soberbias.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.

## EL EMIGRADO

Quedé solo con mi hijo cuando la plaga mortífera hubo devastado la capital del reino venido a menos. Él no había pasado de la infancia y me ocupaba el día y la noche.

Yo concebí y ejecuté el proyecto de acercarme en otra ciudad, más internada y en salvo. Tomé al niño en brazos y atravesé la sabana inficionada por los efluvios de la marisma.

Debía pasar un pequeño río. Me vi forzado a disputar el vado a un hombre de estatura aventajada, cabellos rojos y dientes largos. Su faz declaraba la desesperación.

Yo lo compadecí a pesar de su actitud impertinente y de su discurso injurioso.

Pude alojarme en una casa deshabitada largo tiempo y acomodé al niño en una cámara de tapices y alfombras. Él padecía una fiebre lenta y delirios manifestados en gritos.

El mismo hombre importuno vino a ofrecerme, después de una noche de angustia, el remedio de mi hijo. Lo ofrecía a un precio exorbitante, burlándose interiormente de mis recursos exigüos. Me vi en el caso de despedirlo y de maldecirlo.

Pasé ese día y el siguiente sin socorro alguno.

Yo velaba cerca del alba, en la noche hostil, cuando sentí en la puerta de la calle, una serie de aldabonazos vehementes.

Me asomé por la ventana y solo vi la calle anegada en sombras.

Mi hijo moría en aquel momento.

El hombre de carácter cetrino había sido el autor del ruido.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.



Teseo persiguió el ejército de las amazonas, cautivó su reina y la sedujo. La tropa de las mujeres huyó sobre el Bosforo congelado, montada en caballos de alzada soberbia. Una de ellas murió en el sitio de su nombre, donde los atenienses la recuerdan y la honran. Las fugitivas volvieron a perderse en la estepa de su nacimiento, socorridas de la brumazón.

Un autor anónimo refiere las valentías del hijo de Teseo y de la amazona cautiva. Se atrevió a solicitar el amor de la sacerdotisa de un culto severo, dedicado a una divinidad telúrica, reverenciada y temida por los esclavos asiáticos.

El joven licencioso contrajo una rara enfermedad de la mente y vagaba delirando por la ciudad y su campiña, amenazando con volverse lobo.

Teseo escucha el parecer de viajeros memoriosos, habituados a la nave y a la caravana, y manda por un médico hasta el valle del Nilo.

El sabio se presentó al cabo de un mes y consiguió sanar al mozo delirante por medio de la palabra y envolviéndolo en el humo de una resina balsámica.

Teseo fiaba en la medicina de los egipcios y lo tenía por el pueblo más sano y longevo de la tierra.

El médico dejó, en memoria de su paso, una efigie de su persona. Yo la he visto entre los simulacros y ensayos de un arte rudimentario.

La figura del egipcio, de cráneo desnudo, mostraba la actitud paciente y ensimismada de un escriba de su nación.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.

La hermosa amenazó con el ceño al fijarse en mi negativa a uno de sus caprichos. Volví de mi decisión añadiendo los agasajos de la condescendencia y del afecto. Yo temía acelerar el desenvolvimiento de sus dolores.

Sucumbió esa misma noche en la crisis de un delirio. Narraba una vez más, en términos apasionados, las cuitas de su niñez y de su adolescencia. Yo amanecí a los pies de su cama de roble.

Recorro sin descanso los aposentos de mi casa antigua, recatada en la esquivez de una sierra. Solo perdura el techo de una torre vigilante.

Rehusó volver al mundo y menosprecio las invitaciones de mis amigos. Deseo reconstituir la situación de ánimo de aquel día nefasto y el ademán estéril de juntar con mi pecho su cabeza inerte.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.





## LA BRUJA

El caballo descendió de la colina de forma piramidal y se internó por las calles de la ciudad abandonada. Era de color blanco y de crines abundantes. Se detenía para escuchar con aire contristado un rumor nacido en las entrañas de la tierra.

Emprendía a veces un trote marcial. El ramo de una zarza espinosa reprimía el torbellino de su cabellera.

Unas aves de voracidad insaciable, procedentes del desierto, habían acampado sobre los edificios y avizoraban la caza menor. Resistían los embates de la lluvia y del vendaval retrayendo y comprimiendo el plumaje, hasta conseguir el aspecto de una lanza o de un huso. Habían motivado el hambre y la fuga de una tribu de gitanos, previniéndola en el consumo del erizo, del topo y de la musaraña.

Yo seguí los pasos del caballo y me perdí con él en una pradera de heno, dividida por un río. Veía siempre delante de mí y sobre la raya del horizonte unas cabañas de figura cónica. Sus habitantes, de temperamento apacible, vivían en la miseria y se nutrían del pescado crudo y en descomposición. Sufrían los desmanes de una cáfila de bandoleros, desertados de un presidio distante y afeados por la mutilación de la nariz y de las orejas.

Los moradores de las cabañas se prosternaban delante de una bruja despótica. Me condujeron a su vivienda, semejante a un establo.

La había compadecido y respetado cuando la vi, siendo pequeño, en la orilla de un bosque de pinos. Se ocupaba de juntar reviejos para defenderse del frío insalubre. La ayudé espontáneamente en su tarea.

Había agradecido mi auxilio y velaba de día y de noche en mi resguardo. El caballo blanco había sido su emisario y me había traído hasta su presencia, a ocultas de los facinerosos.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.

## LA VUELTA DE ULISES

Penélope cita las criadas para interrogarlas sobre el último atropello de los pretendientes y sobre la asechanza dirigida contra la vida de Telémaco.

Penélope está sentada en una silla autoritaria, asiento de reyes patriarcales, y posa los pies ligeramente calzados sobre un escabel de encina.

Penélope se conforma al susto de las mujeres bisbisantes. Se interrumpen a cada paso para volver el rostro suspicaz y terminan su referencia con súplicas y votos a los númenes tornadizos.

Telémaco salió en demanda de su progenitor, bajo el consejo de un huésped casual, de porte eminente y discurso veraz, y con el auspicio de un águila aplicada a romper la hueste de unas aves infelices.

Navega hacia el palacio de un rey pesaroso, ocupado en la memoria de los suyos y salvo de su fin deplorable. Recoge noticias fragmentarias durante el festín de la bienvenida y admira los tesoros de origen distante y la modestia de su dueño. Permanece extasiado bajo la mirada inmóvil de una máscara de granito, descubierta en la orilla de un río divinizado, entre lotos y palmeras.

El rey pesaroso cuenta sus viajes y correrías, su arribo de náufrago y de mendigo ante el solio de los soberanos de raza desemejante y el riesgo frecuente de sucumbir de sed en medio de un mar paralizado.

Los pretendientes se juntan una vez más para la orgía e inquieran vanamente el paradero del viejo rapsoda, ansiosos de despedir su amargura unánime. Se retiran solitarios y mohínos al escuchar, de los menestrales de la cocina, la noticia de la ineptitud de la lumbre y de su desperdicio en llamas veloces y efímeras de fuego fatuo.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.



## EL DESVARÍO DE CALIPSO

Ulises, reclinado sobre un monte de arena, posa la mirada en el mar solitario. Vive consumido por la nostalgia y cultivando el sentimiento pío y la memoria acerba.

La ninfa, vestida de sus cabellos, lo llama a voces desde el pie de una encina rutilante.

Ulises, el demoledor de ciudades, mira el vértigo de las nubes y piensa en el humo delirante del incendio, hoguera de los reinos caducos, y en la veracidad de su sobrenombre épico. El sol ejerce una vez más su autoridad de titán vencedor del caos.

Ulises carece de su destal, de corte instantáneo, requerido para la sección de un pino y el aderezo de un esquife.

Alcanza a nado un leño baldío, herido por una centella del cielo, y viaja conforme el sesgo de una corriente visible entre las olas confusas.

Una escolta de tritones, de visaje libertino, sopla, alborozada, su caracol de pabellón acústico.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.

## DIONISIANA

Yo subí al mirador a celebrar una entrevista con Celimena en el comienzo del día. Se igualaba con las reinas de Homero por su habilidad en el diseño y en la ejecución de tejidos ornamentales. Despertaba la memoria de la esposa de Alcinoos en medio de sus criadas dóciles.

Sonreía ante la luz virginal de la mañana. Usaba los cabellos sueltos sobre el traje de raso verde, en donde unas piedras falsas completaban la imitación de un vestido célebre de Ana de Austria en el romance de los mosqueteros.

El mismo color se repetía en el manto del prado, donde el azar había diseminado las gladiolas requeridas para la corona de un dios fluvial. El paraje, libre de amenaza, podía servir de escena al paseo de una doncella atribulada en el curso de una novela pastoril. Un caballo blanco sugería el caso de un palafrén licenciado.

Yo disertaba sobre la historia de los amantes ejemplares y su término desventurado. El semblante de la mujer y el sitio aislado y superior restauraban la hora de un siglo heráldico y traían a cuento el dúo frenético de una reina y de su cortejo.

Celimena se negaba al sinsabor de la tragedia, volvía la mente a las seducciones del pasado veneciano y las sumaba a la realidad festiva, de donde había desterrado el pensamiento del mal y de la muerte. Se proponía sustraer del olvido y dejar a los venideros más distantes la imagen de su belleza desnuda, a semejanza de una heroína del Ticiano.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.



## EL ESCOLAR

La sonámbula sufría de la perfidia de un amante. Había enfermado de considerar una aspiración remota.

Merecía el nombre de visionaria y de profetisa y pasaba la mitad del día arrodillada delante de una imagen de arcilla negra. Le tributaba siempre el exvoto de una flor cantada en las hipérbolos de la Biblia y conservada por muchas generaciones devotas. La flor exhausta recuperaba su perfume bajo el rocío del agua bendita. Había adornado el peto de un cruzado.

La sonámbula me predijo el éxito de mis intentos y me inspiró la voluntad de aplicarme al juego de manera más vehemente. Salía vencedor de los garitos en medio del asombro y de la envidia de los perdularios. Malograron su tiempo ordenándome asechanzas e invitándome a fiestas campestres. Me rodeaban solapados y famélicos.

La sonámbula me separó de usar los consejos de un médico en la crisis de una fiebre inopinada. Me salvó de recibir los gérmenes de una enfermedad desaseada y frustró una vez más el despecho de los perdidos.

Yo la recibí en mi compañía y la llevé a respirar las auras del mar de Sicilia, de donde vino el restablecimiento de su hermosura.

Mis enemigos nos dispararon por última vez sus arcabuces desde unas ruinas.

Yo había dejado mis lares nativos con el propósito de reconstituir un momento deplorable de la antigüedad bajo la sombra de Tucídides.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.

## CARNAVAL

Una mujer de facciones imperfectas y de gesto apacible obsede mi pensamiento. Un pintor setentrional la habría situado en el curso de una escena familiar, para distraerse de su genio melancólico, asediado por figuras macabras.

Yo había llegado a la sala de la fiesta en compañía de amigos turbulentos, resueltos a desvanecer la sombra de mi tedio. Veníamos de un lance, donde ellos habían arriesgado la vida por mi causa.

Los enemigos travestidos nos rodearon súbitamente, después de cortarnos las avenidas. Admiramos el asalto bravo y obstinado, el puño firme de los espadachines. Multiplicaban, sin decir palabra, sus golpes mortales, evitando declararse por la voz. Se alejaron, rotos y mohínos, dejando el reguero de su sangre en la nieve del suelo.

Mis amigos, seducidos por el bullicio de la fiesta, me dejaron acostado sobre un diván. Pretendieron alentar mis fuerzas por medio de una poción estimulante. Ingerí una bebida malsana, un licor salobre y de verdes reflejos, el sedimento mismo de un mar gemebundo, frecuentado por los albatros.

Ellos se perdieron en el giro del baile.

Yo divisaba la misma figura de este momento. Sufría la pesadumbre del artista setentrional y notaba la presencia de la mujer de facciones imperfectas y de gesto apacible en una tregua de la danza de los muertos.

DE: *LAS FORMAS DEL FUEGO*, 1929.



## ÍNDICE

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE / 7

ELOGIO DE LA SOLEDAD / 9

Elogio de la soledad / 12

En la muerte de un héroe / 14

De capa y espada / 16

Miércoles de Ceniza / 17

La conversión de Pablo / 19

Hechizo / 21

Sobre la poesía elocuente / 22

La vida del maldito / 24

La pertinencia del mago / 27

La casa del olvido / 29

El valle de los éxtasis / 31

Los herejes / 32

El verso / 33

El duende / 34

Bajo la ráfaga de arena / 35

El rebelde / 37

Marginal / 38

Los hijos de la tierra / 39

El vértigo de la decadencia / 40

Entre los esclavos / 41

El político / 42

El país lívido / 43

El error vespertino / 44

El duelo / 45

El monólogo / 46

El espejo de las hadas / 47

La redención de Fausto / 48

La jornada del eremita / 49

La presencia / 50

El disidente / 51

El aprendiz / 52

El peregrino ferviente / 53

La ciudad de los espejismos / 54

El jardinero de las espinas / 55

Las ruinas / 56

El rito / 57

El talismán / 58

El mandarín / 59

El castigo / 60

El emigrado / 61

Fragmento apócrifo de Pausanias / 62

El ídolo / 63

La bruja / 64

La vuelta de Ulises / 65

El desvarío de Calipso / 66






Dionisiana / 67

El escolar / 68

Carnaval / 69



[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)  
[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

-  @perroyranalibro
-  Editorial perro rana
-  Editorial el perro y la rana
-  perroyranalibro
-  Editorial El perro y la rana



**PUEBLO** que lee  
no come cuento